

ciendo en la isla el arte de trabajar la seda. Consérvase todavía en Nuremberg un manto de seda, que perteneció á los soberanos de Sicilia, y está cubierto de una inscripción en caracteres cúficos con la fecha de 520 de la hégira (1133 de J.-C.), y todo concurre á indicar que desde esta isla se extendió por Europa el arte de teñir las telas.

El comercio, que antes de los Arabes, nada era, tomó grandes proporciones, como lo demuestran los numerosos derechos de aduana que se cobraban bajo su dominio, y de los cuales hallamos una larga nomenclatura en los diplomas normandos de los primeros tiempos de la conquista, en cuyos documentos se pone de manifiesto con cuántos objetos comerciaba la isla.

No subsiste hoy en Sicilia más que un corto número de monumentos musulmanes, entre los que descuellan el palacio de la Ziza y el de la Cuba junto á Palermo: edificios que confirman los elogios que los cronistas dan al esplendor de todos los antiguos. El fraile Teodosio y el geógrafo Edrisi particularmente, hablan con admiración de los palacios adornados de mármoles preciosos y de brillantes mosaicos, y cercados de jardines maravillosos, que existían en tiempo de los Arabes. El fraile Teodosio, que cayó prisionero en el sitio de Siracusa en 878, y fué llevado á Palermo, alaba también los palacios, mezquitas y arrabales de esta ciudad.

El árabe Edrisi que compuso su gran tratado de geografía en la misma Palermo, bajo el reinado de Roger II, es decir, poco después de la conquista cristiana, nos dejó la siguiente descripción de esta ciudad:

«Palermo, metrópoli de la noble Sicilia, está dotada de todos los géneros de gloria, lo mismo que de todos los esplendores. Esta ciudad, una de las más ilustres del universo, ha sido la residencia del gobierno, desde los tiempos primitivos. Hállase situada á orillas del mar, y está rodeada de altas montañas; y según afirman todos los viajeros, no hay otra donde se viva más regaladamente. Al desembarcar en sus magníficos andenes, el forastero contempla con admiración aquellos palacios imponentes, aquellas altas y macizas torres, los esbeltos campanarios que sobresalen de las iglesias de los cristianos, y las vastas cúpulas de las mezquitas; quedando sobre todo maravillado de la perfección de la labor y del gusto artístico con que se construyeron esos suntuosos edificios. Divídese Palermo en dos partes: el castillo y el arrabal. El castillo (*El-Kassr*) debe ser teni-

do por uno de los puntos más fuertes; y se divide en tres distritos que contienen mercados cubiertos, bazares y bellas y nobles habitaciones. Allí viven todos los mercaderes cristianos, musulmanes y judíos. También está situada aquí la mezquita grande, que supera todo lo que cabe imaginar en pintura, escultura y ornamentación agraciados, originales y exquisitos. Al Norte descuella una fortaleza que mandó levantar el rey Roger; cuyo edificio está hábilmente distribuido y ordenado; su altura es considerable, y lo adornan gran número de arabescos y de inscripciones trazadas con arte sorprendente. El arrabal da la vuelta á toda la ciudad, y se halla construido en el sitio de la ciudad nueva, que llevaba el nombre de *El-Kalessa*, donde residía en tiempo de los musulmanes el lugarteniente del califa: es muy grande, conteniendo un gran número de casas, de mercados, baños, tiendas y caravanserais, ó mesones. En las afueras de Palermo no se ve más que fuentes regaladas, sotos resplandecientes de verdor y alquerías deliciosas. Ni es posible á la imaginación comprender, ni á la pluma escribir todas las seducciones de los contornos de esta ciudad, cuyo conjunto tiene un golpe de vista admirable.»

La superioridad de los Arabes en los conocimientos artísticos, industriales y científicos explica fácilmente la protección que los reyes normandos les dieron. Los mismos frailes admiraban su sagacidad, aunque atribuían fácilmente á maleficios todas sus invenciones; y entre los pasajes curiosos que les conciernen, citaré un extracto de cierta crónica latina, que indica bastante claramente la opinión que los cristianos tenían de los musulmanes.

«Roberto Wiscard, dice el cronista, descubrió en una de sus expediciones una estatua colocada encima de una columna de mármol, y coronada de un círculo de bronce en el cual estaban grabadas las siguientes palabras: «El día 1.º de mayo al nacer el sol, poseeré una corona de oro.» Nadie pudo explicar el significado de estas palabras; y sólo un sarraceno de Sicilia, prisionero del conde y muy perito, como todos los hijos de Agar, en las ciencias ocultas y secretos de las figuras, hizo saber á Roberto que había adivinado el sentido que encerraba aquella leyenda; de modo que si le devolvía la libertad, le revelaría la explicación. Prometióle Roberto enviarle libre á Sicilia, y entonces el sarraceno le aconsejó que el 1.º de mayo, al salir el sol, mandase cavar en el sitio ocupado por la

extremidad de la sombra de la estatua; lo cual hizo el conde, hallando allí grande y rico tesoro.»

III

INVASIÓN DE LOS ÁRABES EN FRANCIA

Después de conquistada España, los Arabes hicieron frecuentes incursiones en Francia, pero nada indica que tuviesen intención de establecerse allí formalmente. Verdad es que, como ya se ha hecho observar con toda razón, el clima demasiado frío de Francia no tenía atractivo para ellos. Los Arabes sólo podían prosperar en las regiones templadas del mediodía, y efectivamente no moraron largo tiempo sino en las partes más meridionales de Francia.

Cuando los Arabes aparecieron en este país en el siglo VIII de nuestra era, gobernaban á Francia aquellos reyes que han recibido el nombre de holgazanes; y debilitada la nación por la más deshecha anarquía feudal, ofrecía fácil presa á los invasores. Así es que estos se apoderaron sin trabajo de la mayor parte de las ciudades meridionales, y después de tomar á Narbona en el Langüedoc y de sitiar en 721 con mal éxito á Tolosa, capital de la Aquitania, se apoderaron sucesivamente de Carcasona, Nîmes, Lión, Macón, Autún etc., extendiéndose por todo el valle del Ródano, por el Delfinado y la Borgoña.

Toda la mitad de la Francia actual, desde las orillas del Loira hasta el Franco Condado, quedó invadida por los musulmanes; bien que estos, como no tenían la intención de fijarse de un modo definitivo en el país, se reducían á ocupar militarmente ciertos puntos importantes, destinados á servir de centros para nuevas incursiones en las comarcas donde esperaban hallar ocasión de recoger botín.

La más importante de aquellas incursiones fué la mandada por Abderrahmán, y que contuvo cerca de Poitiers en 732 de nuestra era, Carlos Martel. Después de juntar Abderrahmán en España un ejército bastante importante, pasó el Garona, apoderóse de Burdeos, á pesar de la resistencia de los Aquitanos y Vascones, mandados por el duque Eudes, y en seguida se dirigió á Poitiers.

Corrió Endes á implorar el auxilio de Carlos Martel, quien con el título de mayordomo mayor de Palacio, reinaba en nombre de dos reyezuelos merovingios, en la Austrasia y la Neus-

tria. «Como muchos señores franceses, dice un cronista árabe, hubiesen ido á quejarse á Carlos del exceso de males que los musulmanes ocasionaban; y le hablasen de la vergüenza que caería en el país si se dejaba así á unos hombres armados á la ligera y desprovistos de todo tren militar, afrontar á guerreros cubiertos de corazas y provistos de todas las armas más terribles que la guerra puede ofrecer. Carlos respondió: «Dejadlos hacer; que se hallan en los días de su mayor audacia, y son como un torrente que todo se lo lleva y arrastra. El entusiasmo les sirve de corazas, y el valor, de plaza fuerte. Pero cuando tengan las manos llenas de botín, cuando se hayan aficionado á las bellas moradas y á las comodidades de la vida, cuando la ambición se haya apoderado en los generales, é introduciéndose la división en sus filas, entonces iremos á buscarlos, y los venceremos.» El razonamiento de Carlos Martel era matemático. Pero grande debía de ser el terror que inspiraban los Arabes cuando se prefería dejarlos saquear el país que atravesaban antes de procurar contenerlos.

Abderrahmán pudo, por consiguiente, continuar su marcha triunfal, asolar las fértiles llanuras que separan á Burdeos de Tours, y apoderarse de las riquezas de las ciudades; pues como la regla invariable de los Arabes, según lo hemos visto en numerosos ejemplos, consistía en librar del pillaje á las comarcas donde pensaban establecerse, la conducta de Abderrahmán bastaba por sí sola á revelar, que al meterse en Francia, no se proponía más que una expedición fructuosa. Verdad es que lo fué tan imponderablemente, que cuando los Arabes llegaron á Tours, el botín les embarazaba de tal modo, que apenas podían dar un paso. Al saber la aparición de Carlos Martel, que había convocado, por levantamiento general, á los guerreros de los reinos unidos anteriormente bajo el cetro de Clodoveo, Abderrahmán conoció que era hora de retirarse, y retrocedió hácia Poitiers; pero como Carlos Martel le picaba la retaguardia, determinó presentarle la batalla.

El ejército cristiano se componía de Borgoñones, de Alemanes y Galos; y el de Abderrahmán de Arabes y Berberiscos. El combate estuvo indeciso durante una parte del día; pero á la caída de la tarde, un cuerpo de soldados francos se destacó del grueso del ejército para caer sobre el campamento de los musulmanes, los cuales abandonaron el campo de batalla para correr desordenadamente á defender su botín. Esta torpe

CAPILLA ALEONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

maniobra ocasionó su pérdida; y no tuvieron más recurso que batirse en retirada regresando á las provincias del sud. Siguióles de lejos Carlos Martel, y al llegar á Narbona, la sitió en vano, y como entonces se le ocurriese usar de la costumbre general de saquear todas las comarcas cercanas, los señores cristianos se unieron á los Arabes para deshacerse de él, obligándole á que á su vez tocase también retirada. Rehiciéronse en breve los musulmanes del descalabro que Carlos Martel les había infligido, y continuaron en sus anteriores posiciones, permaneciendo en Francia por espacio de dos siglos. En 737 el gobernador de Marsella les entregó la Provenza, y entonces ocuparon á Arles. En 889 los hallamos todavía en Saint Tropez; y siguieron dominando la Provenza hasta fines del siglo x. En 935 penetraron en el Valais y en Suiza, y si hemos de creer á algunos autores llegaron hasta la misma Metz.

La permanencia de los Arabes en Francia, más de dos siglos después de Carlos Martel, prueba que la victoria de éste no tuvo de ningún modo la importancia que le atribuyen todos los historiadores, al decir que aquel caudillo salvó al Cristianismo y á Europa, y aunque esta opinión sea la universalmente admitida, hallo que carece de fundamento. La campaña de Abderrahmán no tenía otro objeto que enriquecer á los soldados musulmanes, dándoles ocasión de recoger un gran botín; y sin el hijo de Pepino de Heristal, hubiera la empresa terminado con el saqueo de Tours y de algunas otras ciudades, alejándose después los Arabes, según su costumbre, para reaparecer sin duda los años siguientes, hasta el día en que hubiesen hallado una coalición capaz de cerrarles el paso. Carlos Martel no logró desalojarlos de ninguna de las ciudades que ocupaban militarmente, y hasta se vió obligado á pronunciarse en retirada delante de ellos, dejándolos continuar tranquilamente en el país de que se apoderaran. El único resultado apreciable de su victoria fué obligar á los Arabes á aventurarse menos en las *razzias* que hacían por el norte de Francia; lo cual, aunque sea utilísimo, no bastaba á justificar la importancia atribuída á la victoria del guerrero franco.

Los mismos historiadores que dan una importancia capital á la batalla de Poitiers, suponen, como es natural, que sin esta victoria los Arabes hubieran continuado sus invasiones, y penetrado en el corazón de Europa; lo cual les mueve á preguntarse con espanto lo que hubie-

ra sido de los pueblos cristianos bajo el estandarte del profeta. «Acababa de resolverse allí la suerte del mundo, escribe con motivo de aquella victoria, Mr. Henri Martín en su popular *Historia de Francia*. Si los Francos hubiesen quedado vencidos, la tierra hubiera pertenecido á Mahoma..., con lo cual se perdiera el porvenir de Europa y del mundo; porque la actividad que impulsa á los hombres hácia el progreso no pertenecía al genio de los musulmanes. El genio de esta gente se resume en la idea que tiene de Dios; y como el Dios de los sectarios de Mahoma, después de crear el mundo descansa en la soledad y la inmovilidad, no excita á los hombres á hacer progresos.»

Cabe responder á esto que hasta en el caso de que los Arabes hubiesen triunfado, su triunfo no hubiera modificado en nada el destino del país. Venciendo, hubieran quizá saqueado algunas ciudades más, según ya lo hemos dicho más arriba; y concluído el saqueo, se hubieran retirado, como de costumbre, para poner en salvo el botín, y comenzar de nuevo los años siguientes sus correrías hasta topar con un enemigo bastante fuerte para rechazarlos, como Carlos Martel logró hacerlo.

Sin embargo, aceptemos que los cristianos no hubiesen nunca llegado á rechazarlos; suponemos también que en vez de un clima frío y lluvioso, que no podía tener para ellos el menor atractivo, los musulmanes se hubiesen establecido en el Norte de Francia, por haber hallado allí el mismo clima que en España; y veremos que así como bajo la influencia de los Arabes este país disfrutaba de una brillante civilización, mientras el resto de Europa estaba sumido en la más grosera barbarie, es evidente que desde el punto de vista de la civilización de la época, las poblaciones cristianas no hubieran hecho más que ganar, poniéndose bajo la bandera del profeta; y suavizadas así las costumbres de los pueblos de Occidente, se habrían evitado sin duda las guerras religiosas, la San Bartolomé, la inquisición y, en una palabra, todas las calamidades que han ensangrentado á Europa durante tantos siglos, y que los musulmanes no conocieron nunca.

Para sostener, como hace el sabio historiador más arriba citado, que bajo el imperio de los Arabes se hubiera perdido el porvenir de Europa y del mundo entero, porque «la actividad que impulsa al género humano hácia el progreso no formaba parte del genio musulmán» es necesario olvidarse de la historia de la civiliza-

ción de los Arabes hasta un extremo incalculable; pues cuando se considera la brillante prosperidad que hicieron nacer los discípulos del profeta en países que hallaron sumidos en la barbarie, cabe á la segura cambiar de arriba abajo la proposición de Mr. Henri Martín, diciendo que la actividad que arrastra á los hombres hácia el progreso no ha favorecido á ninguna raza hasta el extremo que á la árabe.

La ocupación del mediodía de Francia por los musulmanes durante algunos siglos ha dejado ligeras huellas, pues como las ciudades que frecuentaron no eran más que puntos estratégicos, destinados á apoyar sus incursiones, se cuidaron muy poco de civilizar el país invadido, y bajo su dominación no hubo en Francia ninguno de esos grandes centros de civilización, análogos á los que entonces brillaban en Oriente y España.

Sin embargo, á pesar de que la permanencia de los Arabes en Francia no haya sido otra cosa que una serie de cortas invasiones, veremos en otro capítulo que dejaron recuerdos permanentes de su paso en la lengua, y, como ahora vamos á demostrar, también los dejaron en la sangre. Muchos de ellos se fijaron definitivamente en aquellas tierras, dedicándose á la industria y á la agricultura; y se les atribuye la importación de la fabricación de los tapices en Anbussón, lo mismo que muchos métodos nuevos de agricultura; y como frecuentemente se aliaban con los señores cristianos, que siempre andaban en guerras intestinas, llegaron en muchos puntos á confundirse con los habitantes. La etnología nos da la prueba de ello, descubriendo al cabo de tantos siglos descendientes de los Arabes en muchos puntos del territorio. En el departamento de la Creuse, en el de los Altos Alpes, y particularmente en muchas localidades situadas en los alrededores de Montmaure (Montaña de los Moros), en el cantón de Baignes (Charente) y hasta en cier-

tas aldeas de las Landas, del Rosellón, Langüedoc y Bearn, se reconoce fácilmente á los descendientes de los Arabes, distinguiéndolos de los otros, si son varones, en el color moreno, en los cabellos de ébano, la nariz aguileña y los ojos oscuros y penetrantes; y si son mujeres en el cutis aceitunado, en la cara larga, en los grandes ojos negros, las cejas espesas, la forma cónica de los pechos y otras particularidades. Si estos rasgos no han desaparecido, anegándose en los de la población general, según las leyes antropológicas expuestas, débese á que en las regiones donde todavía se hallan los descendientes de los Arabes, han llegado á formar pequeñas aglomeraciones, marcadamente separadas del resto de la población, hasta el punto de no cruzarse sino entre sí mismas.

Aquí termina lo que debíamos contar de la historia de los Arabes en las diferentes regiones donde el islamismo reinó; y ya hemos visto cuán variada fué esta historia, según los centros donde los discípulos de Mahoma vivieron, y sobre todo, según el objeto que se habían propuesto al invadir un país. En todas las regiones que ocuparon, excepto quizá Francia, su influencia fué hondamente civilizadora; y do quiera flotó la bandera del profeta, el país que ésta protegía quedaba trasformado con rapidez, brillando vivamente ciencias, artes, letras, industria y agricultura.

Dejando á un lado las generalidades á que hasta ahora hemos debido reducirnos, comencaremos luego la historia de la civilización de los Arabes en detalle, y examinaremos los progresos que realizaron en los diferentes ramos de los conocimientos humanos que cultivaron. En efecto, por brillante que sea la historia política de un pueblo, la verdadera importancia de la figura que ha hecho en el mundo puede medirse evidentemente por su influencia civilizadora y por la totalidad de los descubrimientos que la humanidad le debe.

